

# LOS OFICIALES DE MARINA Y EL MANDO

*Eduardo Mas Huber*  
Teniente 2º

*L*a Armada, técnicamente, debe estar constantemente al día, y es deber ineludible de cada oficial aportar su grano de arena para que este principio fundamental se mantenga incólume a través del tiempo. La Dirección de Instrucción de la Armada, año a año, estudia y analiza en forma seria y eficaz sus planes y programas de estudio, y como organismo rector de la instrucción impartida en cada una de las Escuelas, modifica y renueva oportunamente las materias que en ellas se enseña.

Cada oficial, empero, debe irrevocablemente dedicar la mayor parte de su actividad diaria a la labor para la cual fue preparado durante su permanencia en la Escuela Naval (*Alma mater* de nuestros conductores de hombres): el Mando.

El constante estudio que demanda el abrumador avance tecnológico al oficial de hoy, tiende a reducir el tiempo requerido para administrar el mando que sus subalternos necesitan, mando que debe ejercerse en todo nivel y durante cualquier actividad que se desarrolle.

Sin entrar en definiciones mayores o conceptos específicos sobre la conducción de hombres, debemos si recordar que un mando ecuaníme se basa sobre sólidos principios de moral, ética, educa-

ción, respeto, veracidad y justicia, por nombrar sólo algunos.

Mientras la aptitud moral exige un complejo de virtudes, en el caso de un Oficial de Marina la mayoría de sus requerimientos esenciales pueden ser satisfechos con dos cualidades: "veracidad y justicia". Para ser veraz y justo o digno de confianza, el oficial debe ser profesionalmente competente y autodisciplinado.

El mando debe ejercerse en todos los niveles: El guardiamarina, aprendiendo con interés de sus superiores, irá poco a poco perfeccionando las formas, dado que el fondo se supone ya está solidamente formado. Los más antiguos tienen, por supuesto, la doble responsabilidad de administrar el mando en forma justa e instruir a los oficiales jóvenes en los fundamentos básicos sobre los que se ejerce la adecuada conducción del personal que conforma las diversas dotaciones, sin olvidarse que no hay mejor consejo que un buen ejemplo.

El viejo consejo de reprender en privado y felicitar en público, ayuda considerablemente a consolidar las bases de una buena camaradería militar, imprescindible a bordo de un buque de guerra.

Aquel superior que en forma apresurada e inconsciente emite juicios someros

y descuidados, delante de sus subordinados, sólo incrementa el descontento y la deslealtad, y mina poco a poco las bases de una adecuada moral naval que se fundamenta, entre otros valores, en el respeto subalterno-superior y en la lealtad que se deben unos a otros.

La desautorización de un oficial subalterno, delante de su gente, produce nefastos perjuicios al Cuerpo de Oficiales, en general, quienes se ven afectados, como grupo o cámara, en la doctrina o conducta general que se han propuesto impartir.

Administrar el mando en forma justa no significa perdonar faltas u omisiones que demandan una sanción. Por el contrario, no hacerlo se transforma en una trasgresión a nuestros propios principios, los que desde ningún punto de vista pueden ser violados por un capricho del momento o por una falta de carácter para imponer la sanción justa.

En ocasiones, cierto grado de desidia nos lleva, en forma cómoda y fácil, a ser poco prolijos en el cumplimiento de las tareas propias de un oficial, y pequeños detalles que requieren de su intervención son obviados, por diversos motivos.

Las formas o exteriorizaciones militares son un claro reflejo del fondo; como ejemplo, el saludo militar, el corte de pelo, la tenida, la puntualidad, la exactitud, etc., son principios que se podrían considerar como de forma, pero que —indudablemente— reflejan un fondo de quien los cumple o de quien los ignora.

El respeto que se le debe a cada uno de los integrantes de la dotación, parte por el respeto propio, que se basa principalmente en la mantención de los propios principios o, dicho de otra forma, en ser consecuente con nuestras ideas y no postergar o incumplir el deber por sentimientos personales momentáneos y poco responsables.

Indudablemente, sobre la conducción de hombres puede decirse mucho más, pero lo que se persigue con estas líneas es, lejos de dictar una cátedra sobre la materia, despertar o mantener elementales conceptos de nuestra primordial función, pues la mentalidad técnica y práctica, típica de la sociedad actual, conduce a un relajamiento imperceptible pero gradual de la autoridad y jerarquía, que han sido principios y valores de un sistema ordenado, disciplinado y eficaz, a través de la historia.

